responder con los testimonios del Papa San Clemente I (1), del Conc. Cartaginense (2), del Papa Eugenio (3), del Concilio de Constanza, del Tridentino (4) y del Romano Pontífice León XIII, sin contar los escritos de San Basilio, de San Isidoro, de Santo Tomás, de Suárez, de Domingo Báñez, y otros á quienes no alegamos por no merecerlo una dificultad ya gastada.

b) A pesar de la clarísima luz de los principios y de los testimonios irrefragables presentados, todavía responden no pocos espíritus huraños con todo adorno retórico y humano, y sostienen que, si en teoría y de suyo los auxilios humanos, sobre todo con resabios de paganismo, pueden aprovechar para la defensa de nuestros dogmas católicos, otras veces podrán excitar liviandades y pasiones perversas, siquiera sea sin pretenderlo (5).—Por de contado, el abuso no puede surgir de la naturaleza del mismo arte; porque ars nescit vitium, sino solamente proviene de la torpeza ó de la malicia del artista. Además, la Glosa Ordinaria de Estrabón, sobre aquello del Levítico: Omnis oblatio... absque fermento fiet... (6), interpreta que no todo lo pagano puede servir para la predicación del Evangelio, pero sí lo que haya de bueno y bello, según convenga (7).

Resultando de eso que los predicadores han de acudir á las ciencias y artes profanas (y con más cuidado á las inficionadas de naturalismo pagano y corrompido) modo apum, con cautela y del modo con que las abejas chupan la miel de las flores, conforme lo previene San Basilio en su tan fafamoso discurso Ad adolescentes: De legendis libris paganorum (8).



## CAPÍTULO V

Nel tercer medio para persuadir: Mover los afectos y pasiones

En el capítulo pasado (art. 2) recordamos que así como la imaginación después de la sensación exterior es principio de entender, así es el medio de concitar las pasiones en el apetito sensible del sujeto en quien ella obra. Cuando se enciende y aviva la imaginación, pónense al instante en movimiento el corazón (movetur cor) y la sangre que allí hierve; y porque el corazón humano es un pequeño mar que envía sus purpúreas olas hasta los últimos confines del cuerpo, naturalmente se sigue que, en revolviéndose el corazón por las impresiones de la imaginativa que hemos dicho, alborótanse al mismo tiempo como olas los miembros de todo el cuerpo. Y estos movimientos y transmutaciones de las facultades apetitivas que muchas veces redundan en los sentidos exte-

<sup>(1)</sup> Apud. Suarez: De Religione. Tom. IV: Utrum litterarum... artium studium et peritia religiosis conveniens sit?

<sup>(2)</sup> V. Lumm. Concil. por Bartol. Carranza

<sup>(3)</sup> V. Suárez, ubi supra.

<sup>(4)</sup> Sers. 29, c. 48.

<sup>5)</sup> V. Climent, Prologo à la Retor. Eclesiást, del P. Granada.

<sup>(6)</sup> Levit. II, 44.

<sup>(7)</sup> V. Glossa Ordin. in hunc locum, y otros autores.

<sup>(8)</sup> A esto puede reducirse la solución à la cuestión tan debatida en nuestros tiempos, acerca de si conviene ó no la lectura de la literatura pagana. El más acérrimo impugnador de dicha lectura fué el abate Gaume, y el principal defensor del renacimiento es Menéndez Pelayo, sobre todo en el *Preámbulo* al Lib. IV. de los *He*-

terodoxos y más largamente en La Ciencia Española; pudiéndose su doctrina sintetizar en aquel axioma «no es el arte el que corrompe la sociedad, sino la sociedad la que corrompe al arte». El Romano Pontífice Pío IX (sa. me.) escribió à Gaume que «los autores clásicos paganos pueden ser leidos, estando ya los alumnos educados cristianamente, y con tal que los tales libros estén expurgado«». Los maestros y los apologistas los pueden leer pro necessitate temporum et circunstantiarum. (Luis de Granada: Oración y Meditación. P. 2.ª, c. 4, pars. 7.) También el P. Monsabré en su Predication trata de ello. Al hablar de los modelos de elocuencia sagrada, dice rotundamente: «Jamás toméis nada de oradores heterodoxos, sea cual fuere su mérito literario. Os darán una doctrina desvirtuada o adulterada, y os expondréis à tomarles algo que ceda en vuestra confusión». En el capítulo de la composición y ornato del discurso, escribe: «¿Pueden citarse autores profanos? Indudablemente escogiendo las citas. Los sabios... han escrito notables páginas que pueden invocarse cual homenaje del talento... à la verdad catolica. Los mismos heterodoxos han hecho confesiones que importa realzar.... y... asociar à los preceptos y consejos de la moral evangélica. Sin embargo, observad justa medida».

riores son lo que llamamos *pasiones* que el Orador debe excitar para el objeto total de sus trabajos oratorios. Pues del modo de conmover estas pasiones hablaremos en el capítulo presente.

Art. I.—Las once pasiones en manos del predicador: Clasificación de Santo Tomás.—Aplicación de ellas en Oratoria.—Un reparo.

1 Para el movimiento de esos afectos y pasiones en el auditorio el predicador no hace más que aplicar en el púlpito lo que el Angélico explica por principios generales (1): «Todo agente motor, ó atrae á sí el objeto paciente, ó lo repele. Cuando lo atrae hace en él tres cosas: 1.º Dale inclinación y aptitud para poder llegar á donde está la causa que lo mueve. 2.º Si el objeto se hallase fuera del punto debido, lo impulsa á que se mueva al lugar que le es conveniente. 3.º Hace que la cosa paciente descanse en el término á donde llegó por su impulso; porque por la misma causa un objeto llega y descansa en el puesto por la cual á él era movido. De esta misma manera se ha de discurrir acerca de la causa de repulsión.

»En los movimientos de la parte apetitiva lo bueno tiene como virtud atractiva; pero lo malo la tiene repulsiva. Por tanto, lo bueno causa en primer lugar en la potencia apetitiva cierta inclinación ó aptitud ó connaturalidad hacia el bien que tiene razón de amor; correspondiendo por el contrario el odio por parte de lo malo. En segundo lugar, si el bien todavía no se posee, el mismo bien da al apetito movimiento para que alcance el bien amado; y esto pertenece á la pasión del deseo, y de la fuga ó abominación por parte de lo malo. En tercer lugar, como se posea ya el bien, el apetito descansa y se huelga en su posesión; y esto pertenece al deleite ó gozo, al cual se opone, por parte del mal, el dolor ó tristeza.

En las pasiones de la parte irascible se presupone ya la aptitud ó inclinación para conseguir el bien ó para huir del mal que se considera en la concupiscible absolutamente. Y respecto del bien que aun no se tiene en posesión están la esperanza ó la desesperación; y respecto del mal que amenaza se ponen el temor y la audacia. Cuanto al bien que ya se posee no corresponde ninguna pasión en la irascible; porque entonces ya no tiene razón de arduo; pero el mal que no se puede huir engendra la ira.

Y en estos once modos se encierran todas las pasiones humanas.

2 Pues bien; por esta manera escolástica podemos nosotros decir que el predicador en la moción de las voluntades del auditorio, 1.º Predispone á los oyentes para que se lleguen al bien, que son Dios, la virtud y todo lo que tiene relación con el Señor, y también, por lo mismo, para que se aparten del mal, que son el pecado y todo vicio. 2.º Muévelos á las virtudes, para conseguir por ellas al mismo Dios, complemento de todo bien. 3.º Cuida que los virtuosos descansen tranquilamente en los brazos de las mismas virtudes que los hermosean y fortalecen. En sentido contrario el predicador enseña y persuade con respecto del pecado y de los vicios esencialmente repulsivos.

a) Ahora mostrándoles la virtud ó en general lo bueno, y descubriéndoles agradablemente sus atractivos por las imágenes hermosas que imprime en la imaginación de ellos, mueve luego sus ánimos (por las relaciones íntimas que dijimos haber entre la imaginación y el apetito) al bien que ya conocen serles conveniente: y esta moción de la voluntad ó del apetito racional hacia lo bueno es la pasión del amor.

San Bernardo avivaba esta pasión del amor en el sermón XX in Cantica: De triplici modo dilectionis, qua Deum diligimus: «Ut a Magistri verbis sermo exordium sumat: Qui non amat Dominum Jesum, anathema sit (I Cor. 16, 22). Valde omnino mihi amandus est per quem sum, vivo et sapio. Si ingratus sum; et indignus. Dignus plane est morte, qui tibi, Domine Jesu, recusat vivere, et mortuus est; et qui tibi non sapit, desipit...

»Sed est quod me plus movet, plus urget, plus accendit. Super omnia, inquam, reddit amabilem te mihi, bone Jesu, calix quem bibisti...

»Disce, o Christiane, a Christo, quemadmodum diligas Christum. Disce amare dulciter, amare prudenter, amare fortiter...» Y sigue discurriendo admirablemente sobre el amor que debemos á Jesucristo.

Por manera contraria, presentando lo feo y horrible del pecado y de todo vicio en sí mismo, y sobre todo con relación al Señor Dios infinitamente hermoso y bondadoso, á quien necesariamente ofende el pecado, despierta en los ánimos de los oyentes la pasión del *odio*, que es pasión causada por el mismo amor á lo bueno.

Joaquín Antonio Fguileta, capellán mayor de San Ignacio de Madrid, en el sermón de la Dominica V de Cuaresma (1), predicaba así contra el pecado: «¡Pecador, pecadora!... el pecado fué quien hizo su primer asalto y destrozo en millares... de Angeles, arrojándolos del cielo al infierno, convertidos en feísimos demonios. El pecado... hizo tal destrozo en Adán y Eva y en todos sus descendientes, que los dejó condenados... para siempre, si Dios no hubiera muerto por ellos. El pecado es aquel monstruo horrendo... que, dice Job, halitus ejus prunas ardere facil, et flamma de ore ejus egreditur (Job. 41, 12). El pecado, en fin, en el cielo se atrevió... contra el mismo Dios!... ¡Oh ceguedad lamentable! ¡oh desgracia digna de llorarse con lágrimas de sangre!...»

b) No poseyéndose aún el bien que se predica, se ha de inspirar en los oyentes un movimiento con que levanten sus almas sedientas de felicidad que está en Dios, fuente de toda dulzura y bienaventuranza: y este movimiento apetitivo es la pasión del deseo ó concupiscencia.

Santo Tomás de Villanueva, entristecido por los sinsabores de esta vida, excita su deseo por la bienaventuranza eterna así: «...Quid diu placuit in hoc saeculo? Ecce quod modo placet postea displicet: quod nunc summo desiderio concupiscimus, post modicum summo fastidio horremus... Quando erimus ubi, sicut non erunt volubiles cogitationes nostrae, neque ex uno in aliud euntes et redeuntes, sed unico intuitu omnia videbimus; sic quoque non erunt mutabiles affectiones nostrae, unum post aliud sitientes, sed unico gaudio plene replebimur, et integre satiabimur?...» Y continuando una brillantísima descripción de la nobleza y oficios de los espíritus angelicales, acaba la oración quejándose de la indiferencia humana, diciendo: «¡O infelix nimium et misera anima, ut quid terrenis consolationibus inhias; cur vilissimis hujus carnis voluptatibus oblectaris?... O quam rarus hodie qui optet dissolvi et esse cum Christo!... Unde tanta tepiditas in orando, tanta negligentia in operando, tam modica resistentia in resistendo, nisi ex hac oblivione?... Ita est... si adest oblivio praemii ad excitandum desiderium, et torpentes affectus. Sed quis de hac superna civitate, et de ejus civibus idoneus concionator?... Novo lumine et gratia opus est: petamus eam, ut ad ·llam civitatem nos perducat Jesus Christus, Dominus noster Amen».

Este deseo inspirará necesariamente la abominación de lo que es contrario al bien que se ama y se desea, y esta aversión es la pasión de la fuga, que es la huida de las ocasiones de pecar y de las vanidades del mundo, etc., etc., para poder conservar más puro el deseo de alcanzar las virtudes y, en el último día, abrazar al Sumo Bien amado.

- D. José de Barcia, en el sermón de la Ocasión próxima, para forzar á sus oyentes á que huyan de las ocasiones del pecado deshonesto, va refutando las escusas que sintetiza al principio de esta manera: «...¿Qué dices? Luégo me aparturé quando quisiere Mala consequencia.—No se sabe mi pecado, dice otro. No infieres bien.—Otros: soy flaco, no puedo más que me arrastra la pisión. No sale essa —Me quiere mucho, y la debo obligaciones. No es essa la conclusión.—¿Qué dirán, si me aparto? Será quando Dios quiera. No es essa la que se sigue.—Soy pobre, pereceré. Ni es essa.—No me inquieta ya. Essa se infiere menos —Dios me perdonará. Mal infieres.—Pues tendré tiempo para apartarme. ¡Oh pecador! La consequencia que debes sacar es: Luego debo apartarme de la ocasión...» Y lo que sigue.
- c) Cuando ya se ha logrado y se posee el bien que se ama y se deseaba sosiégase el apetito, y se deleita en la quietud y sosiego: y el predicador cristiano puede muy bien avivar en los oyentes esta misma delectación que experimenta la conciencia en el cultivo de las virtudes y en el amor y en la gracia del Señor. Y eso es la pasión del gozo ó delectación.

San Leandro de Sevilla (1), en el Concilio III de Toledo (sobre manera digno de recuerdo para todos nosotros los españoles, por haberse proclamado en aquella augusta asamblea la Unidad Católica que han destruido los modernos herejes) pronunció una brillantísima oración eucarística llena de entusiasmo: «Festivitatem hanc omnium esse solemniorem festivitatum novitas ipsa significat. Quoniam sicut nova est conversio tantarum plebium causa, etiam nobiliora sunt solitò Ecclesiae gaudia: nam multas solemnitates per anni discursum celebrat Ecclesia, in quibus tametsi habet gaudia consueta; nova verò sicut in hac non habet...» En demostrando los motivos de tanta alegría, ex-

<sup>(1)</sup> Sermones para todas las Domin. del año... Festividades de Nuestro Señor Jesucristo... en tres tomos. Madrid 1814.

<sup>(1)</sup> Nació en Cartagena y fué hermano de los sapientísimos Santos Isidoro y Fulgencio y de la virgen Santa Florentina. San Leandro fué el gran defensor de la fe católica en las persecuciones del arriano rey Leovigildo. Murio en 599 o 600 ya octogenario. El sermón citado en el texto puede verse en Act. Conc. Tolet. III, también está en los apénd. del Tomo I de los Heterodoxos Españoles.

clama: «Exulta ergo et laetare, Ecclesia Dei: gaude et consurge, unum corpus Christi; induere fortitudine, et jubila exultatione, quoniam tui moerores in gaudium sunt mutati, tristitiae habitus in amictum laetitiae versus est...

»Ergo, fratres, tota caritate animi exultemus in Domino, et jubilemus Deo salutari nostro...»

A esta alegría se opone la *tristeza*, causada por la presencia de los males, ó por la ausencia del bien que se ama:

San Juan Crisóstomo en la homilia II ad populum Antiochenum nospresenta un cuadro muy triste de lo que pasaba aquella ciudad por haber derribado el pueblo amotinado las estatuas del Emperador: «Quid dicam, aut quid locuar? lacrymarum praesens tempus, non verborum: luctuum, non sermonum; praecationis, non concionis. Tanta patratorum est magnitudo, tam immedicabile vulnus, tam vasta plaga, et omni medicamine major, et superno indigens auxilio. Sic enim et Job omnibus amissis in fimo sedebat, et audientes amici ac ceserunt, ipsumque procul conspicati disciderunt vestimenta, et sibi cinerem insperserunt, et vehementer ingemuere. Idem nunc facere vicinas omnes civitates oportebat; ad urbem nostram venire, et quae acciderant cum omni commiseratione deflere. Ille in stercore tunc sedebat, haec in magno laqueo nunc considet... Date mihi ut praesentia lugeam. Tacuimus dies septem sicut et amici Joh: concedite hodie ut os aperiam, et hanc communem lugeam calamitatem. Quis nobis invidit, charissimi? Quis in nos livore commotus est? Unde tanta facta est mutatio?... Luctus interciditur mihi doctrinae sermo, vix os reserare valeo et labia aperire, linguam movere, et emittere verba ... » Y sigue exhortando al pueblo á que haga penitencia, para que Dios mueva el corazón del emperador Teodosio y perdone éste á los revoltosos ya humillados.

d) Sobre estas seis pasiones de la parte concupiscible, el predicador debe excitar, y con más fuerza, las otras cinco irascibles; como sea cierto que toda virtud tiene algo de difícil y de árduo. Y aun más difícil y más árduo es conquistar la gloria de los bienaventurados que alcanzan sólo los esforzados, los que son perseverantes contra el mundo, enemigo de Dios; contra el demonio, envidioso de nuestra salvación eterna, y contra nuestra propia carne, siempre rebelde y siempre antojadiza.

Primeramente el predicador propone la esperanza de llegar á Dios, apartándolos de la desesperación de lograrlo, como desdichadamente hacen muchos cristianos que, desesperados de poder salvarse, se entregan á toda clase de abominaciones, abriéndose ellos mismos la condenación eterna.

El Obispo Barcia en el sermón susodicho refuta á los que desesperan, y les predica: «¿Dirás ya, pecador, que la passión te arrastra? No puedo más, dices también. Repara en lo que dices. ¿Qué es no puedo? Si es tener la tentación por insuperable, es falso, porque, como dixo el Apóstol: «Fidelis Deus qui non patietur vos tentari supra id quod potestis (I Cor 10)». Si el no puedo es negar el poder del alvedrío con la Divina gracia, es error... ¿A quién hemos de creer, á tí ó á Jesu-Christo? Este Señor dice: «Jugum meum suave est et onus meum leve (1)... Ciego, ciego... Es verdaderamente ligero el peso de la ley, porque, al que lo lleva no carga, sino alivia... Obedece á lo que Dios te manda y verás que, con la gracia, es tan fácil que puedas, como David, no sólo caminar, sino correr (Ps. 118...) Ea, baste de escusas... ninguno peca, si no quiere... Revertere, virgo Israel, ad civitates tuas; usquequo deliciis dissolveris, filia vaga? (Jerem. 31...) Llega, pecador, no temas la multitud de tus culpas, si con verdad te arrepientes de ellas, di de todo corazón: Señor mío, Jesu-Cristo, etc.

e) En segundo lugar el predicador debe sosegar el desordenado temor á las dificultades y espinas y tropiezos y escollos que á cada paso se encuentran por los caminos del bien; animando á los oyentes á la audacia, para que superen todos los impedimentos y dificultades, sin que se les esconda, por eso, estas mismas dificultades (2); que eso sería en cierto modo engañarlos é incapacitarlos en cierta manera, para hacer cosas grandes en el servicio del Señor.

Otras veces se trabaja por infundirles el temor para que huyan del pecado, etc.

El P. Fr. Juan Planas en su plática ¿Qué seria de nosotros sin el Sacramento del Altar? insinúa haber observado en el auditorio conmoción y lágrimas (y á nosotros nos consta que con el mismo sermón, mutatis mutandis, se han movido grandísimo espanto y grandes señales de penitencia en auditorios de inmenso gentío), parafraseando con estilo muy sencillo la suposición de que desapareciera de entre nosotros el Augustísimo Sacramento del Amor: « ..Suponed, dice, que Dios, en castigo de vuestras culpas manda á los eclesiásticos que, tomando el augusto Sacramento del Altar y cuanto sirve para su culto, lo llevan á tierras lejanas, ausentándose por siempre de vosotros, ¡Qué escena tan triste va á abrirse á vuestros ojos!... Reuniéndonos todos en este santo templo,... comenzamos á despojarlo de todos sus adornos, y en breve lo dejamos poco menos que si lo hubiésemos saqueado... Los acólitos se apoderan de los candeleros... los sacerdotes de las aras y ornamentos, y, finalmente, tomando el más antiguo el venerable Sa-

<sup>(1)</sup> Mat. 11, 30.

<sup>(2)</sup> Algunos Tratados de Oratoria están en que todo se debe pintar con color de rosa, sin que se descubran las espinas que hay debejo de la flor hermosa. Unusquisque in suo sensu abundet.